



Programa de formación permanente

Orden de Agustinos Recoletos

10. El claustro recoleto, icono de la Trinidad



EL CLAUSTRO RECOLETO, ICONO DE FRATERNIDAD

Os suplico, Señor mío, que todas las almas que hay y hubiere en estas vuestras casas, sean de una viva llama de amor vuestra, que estén siempre haciendo en todo vuestra divina voluntad en amaros y serviros: para que así suplan las ofensas que los del mundo os hacen, con el agrado que os cause su fidelidad y amor¹.

¹ Mariana de San José, *Jaculatoria 57* (en adelante, MMSJ jac).

I. LA COMUNIDAD CONTEMPLATIVA AGUSTINA RECOLETA, UNA LLAMA DE AMOR VIVA

En esta cultura de la imagen en la que estamos inmersos, navegando por el ciberespacio, entre millones de imágenes con las que te puedes encontrar, mis ojos dieron con una que llamó de forma especial mi atención y que seleccioné para hacer uso de ella.

Describiendo la imagen, se trata de varias manos de distinto color de piel, que entre ellas construyen la forma de un corazón. Curiosa y expresiva estampa que me sirve de base para el tema a desarrollar y que he querido titular: “El claustro recoleto, icono de fraternidad”.



Este elocuente símbolo de las manos componiendo esa emblemática figura no deja de hablar por sí mismo, porque es el nítido reflejo de lo que se vive actualmente dentro de lo que supone el misterio eclesial de una vida de clausura bajo el carisma agustino-recoleto. Una vida dedicada completamente a Dios en contemplación y, en ella, a las hermanas.

Tu don nos enciende y nos lleva hacia arriba, nos enardece y subimos. Ascendemos en el corazón y cantamos el cántico de las subidas. Con tu fuego nos enardece y caminamos, porque vamos arriba, a la paz de Jerusalén².

En el centro del corazón bien podría arder una llama como significando el amor que constituye nuestra raíz o amor casto, el mismo amor que nos une en comunión o amor ordenado, y del que estamos llamadas a participar y a expandir, o amor difusivo.

Difusión que se dará en lo secreto, en las entrañas de Cristo, en quien todos somos uno³.

En el ejemplo del corazón, se puede decir que hay expresiones claras, matices profundos de fraternidad. Las distintas manos que forman ese corazón, simbolizan la unidad, el compartir, el darse hasta formar comunidad en el amor, en un mismo sentir, vibrar con idénticas cosas y el hacer camino al andar juntas hacia la meta que constituye nuestro ideal recoleto: una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios.

Lo primero por lo que os habéis reunido es para tener una sola alma y un solo corazón en Dios⁴.

El distinto color de piel también es elocuente. En los tiempos actuales han ido llegando a nuestras comunidades vocaciones de otros países que aportan su riqueza cromática y cultural al engranaje y a la aventura del día a día de construir la unidad en medio de la diversidad.

El corazón está delimitado, no tiene principio ni fin. El permanecer cerrado no tiene connotaciones negativas de individualismo o exclusividad, sino todo lo contrario: simboliza a Dios en medio de la comunidad como el que no tiene principio ni fin, es señal de su amor por nosotros y también de nuestro amor al prójimo que nunca debe acabar, que siempre debe ser nuevo y arder como el fuego. Dios aparece en este simbolismo como el que une, como la argamasa que aglutina todo el conjunto.

Únicamente habitan en unión aquellos en quienes se halla la caridad de Cristo⁵.

Sigo afirmando con la frase tan manida de nuestros días: “Una imagen vale más que mil palabras”. A partir de ella desarrollaré la riqueza y expresiones de la vida fraterna en las comunidades de monjas agustinas recoletas de clausura.

El claustro es el espacio teologal donde se busca a Dios, el recinto propicio donde poder encontrarlo sin que interferencias exteriores estorben un verdadero encuentro. El claustro es un lugar privilegiado donde se vive de Él, y donde se ha descubierto que Dios late en un sagrario como centro de la comunidad, mas no hemos de olvidar que aparece encarnado en cada uno de los miembros que la

² *conf.* 13,8,9.

³ *s.* 90,10. Citado en las *Constituciones de las monjas agustinas recoletas*, 8 (en adelante, CMAR).

⁴ *reg.* 1,2.

⁵ *en. Ps.* 132,12.

componen. El claustro es donde se aprende a conocer, a amar a Cristo y servirlo sin límites en las hermanas. “Cada una encuéntrese a sí misma en la propia entrega a las demás”⁶.

La clausura evoca, por tanto, aquella celda del corazón en la que cada uno está llamado a vivir la unión con el Señor. Acogida como don y elegida como libre respuesta de amor, la clausura es el lugar de la comunión espiritual con Dios y con los hermanos y hermanas donde la limitación del espacio y de las relaciones con el mundo exterior favorecen la interiorización de los valores evangélicos⁷.

La clausura es una de las peculiaridades que hemos escogido voluntariamente los llamados a esta vocación y que forma parte de nuestro carisma. No debe entenderse como un fardo histórico, como un retroceso antisocial o como algo que no tiene vigencia en la actualidad. Por el contrario, supone una forma de vida escogida por amor a Cristo.



La comunidad recoleta dentro del claustro es un don de Dios, suscitado por el Espíritu para la Iglesia. La comunidad agustino recoleta claustral debe ser el icono del fuego del amor de Dios que arde en medio de ella: “Que todas las almas que haya y hubiere (...) sean una viva llama de amor vuestra”. Esta bella expresión de la Madre Mariana de san José es todo un proyecto para construir comunidad e ir

⁶ CMAR, 96.

⁷ *Vita consecrata*, 59 (en adelante, VC).

descubriendo paso a paso dentro de ella la riqueza insondable que se encierra en el misterio de vivir siendo hermanas.

Efectivamente, la comunidad religiosa tiene su origen en el amor de Dios difundido en los corazones por medio del Espíritu, y por él se construye como una verdadera familia unida en el nombre del Señor⁸.

San Agustín es el santo del corazón, es el que mejor expresó lo que guarda y lleva dentro. Entre los miembros de la comunidad se pueden dar dos tipos de relaciones, que surgen de dos concepciones distintas del amor, dos formas diferentes de hacer comunidad. El *eros* o amor emocional, amor emotivo que nace de los sentimientos naturales. Ese es un amor egocéntrico, porque sólo se mueve por los efectos o emociones que surgen a partir del sujeto mismo. Y el *ágape* o amor cristiano, el amor que ha descendido hasta el corazón consagrado a Dios y es capaz de amar lo que no es digno de recibir amor, porque primero se ha sentido amado en su indigencia. El *ágape* es el amor desinteresado puesto en práctica, un amor que desea el bien del otro, que piensa siempre en la otra parte antes que en la propia; es la experiencia viva de un amor que te ama más que a nada, más que a nadie, y te hace llegar a ser digno de ese amor sólo la gracia. El *ágape* es Cristo, el que vive en el corazón de cada hermana y quien a través de cada una quiere amar a las demás.

El amor que debe primar en la comunidad es pues el amor de caridad, donde el *eros* o amor egoísta ha de transformarse en *ágape* o amor de Cristo. La comunidad es una escuela donde se aprende a pasar del “yo” al “nosotros”, la verdad no puede ser propiedad privada de nadie para que sea de todos, a todos alcance y entre todos los miembros se comparta.

La verdad no es mía ni tuya, para que pueda ser tuya y mía⁹.

El esfuerzo por aceptarse los unos a los otros y el empeño por superar las dificultades, que es típico de las comunidades heterogéneas, demuestra la trascendencia del motivo que las ha hecho surgir, o sea, «el poder de Dios que se manifiesta en la pobreza del hombre» (2 Cor 12,9-10). En la comunidad se está juntos no porque nos hemos elegido los unos a los otros, sino porque hemos sido elegidos por el Señor¹⁰.

Sólo si el fundamento de la comunidad lo constituye Dios y su amor, que es el Espíritu, vehículo de comunión salvaguardando la diversidad personal, podrá formarse una verdadera sociedad de amor a imitación del amor que interrelaciona y que constituye dinamismo personalizante de las tres personas divinas.

Para que tú ames a Dios, es necesario que more Dios en ti, que su amor te venga de Él y se vuelva de ti a Él; o sea, que recibas su moción, ponga en ti su fuego, te ilumine y levante su amor¹¹.

⁸ *La vida fraterna en comunidad*, 8 (en adelante, VFC).

⁹ *en. Ps.* 103, 2, 11.

¹⁰ *La vida fraterna en comunidad*, 41 (en adelante, VFC),

¹¹ *s.* 128, 4.

Desde el corazón del mismo amor de Dios nace como fruto de una primera semilla la comunidad agustiniana, en la que todos los miembros que la integran están educados, o han de educarse, para unirse, para compartir, cimentados en la caridad o amor de Cristo; porque el amor une, fusiona, acorta distancias, todo lo espera, todo lo iguala, todo lo soporta. Saber amar a través del Cristo que vive en el interior de cada un@. *Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo en la carne la vivo en la fe del hijo de Dios que me amó hasta entregarse por mí* (Gál 2,20).

*Todos tenían una sola alma y un solo corazón y cuyas cosas eran comunes. ¡Qué bueno y deleitable es vivir los hermanos unidos! Es tan dulce como lo es la caridad que hace habitar en unión a los hermanos. Estas palabras del salterio, este dulce sonido, esta grata melodía tanto en el cántico como en la comprensión, dio origen a los monasterios. Ante esta voz se animaron los hermanos que anhelaron habitar unidos. Este verso fue la trompeta para ellos. Sonó por todo el orbe de la tierra y los que se hallaban separados fueron congregados*¹².

La comunidad agustino recoleta claustral es cristocéntrica: su núcleo es el Dios-amor encarnado, desde Él convergen los distintos radios, a Él se ordenan, en Él se condensan y a su alrededor giran.

Las personas consagradas pueden y deben caminar desde Cristo, porque Él mismo ha venido primero a su encuentro y les acompaña en el camino (cf. Lc 24, 13-22). Su vida es la proclamación de la primacía de la gracia¹³.

Sin Cristo no pueden hacer nada (cf. Jn 15, 5); en cambio todo lo pueden en aquel que los conforta (cf. Flp 4, 13)¹⁴.

La fuerza de su unión proviene Dios y de su fuente extraen las fuerzas para amar y amarse. Por eso la monja agustina recoleta en comunidad, “adora concordemente”¹⁵, es decir, con un mismo corazón a Dios. Somos “iguales en el vínculo del amor y de la profesión”¹⁶. La comunidad agustiniana es una verdadera sociedad de amor, las agustinas recoletas somos unidad en el amor.

Tu alma no es sólo tuya, sino de todas las hermanas, como sus almas son también tuyas, sus almas juntamente con la tuya no son varias almas, sino una sola en Cristo¹⁷.

Entreguen todo lo suyo y a sí mismas al servicio del amor¹⁸.

¹² en. Ps. 132, 2. La cita bíblica es Hch 4,32-34.

¹³ *Novo milenio ineunte*, 38 (en adelante, NMI).

¹⁴ *Caminar desde Cristo*, 21 (en adelante, CC).

¹⁵ CMAR, 2.

¹⁶ CMAR, 99.

¹⁷ CMAR, 94. Basado en ep. 243, 4.

¹⁸ CMAR, 95.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Soy capaz de hacer de mi corazón un “claustro”, es decir, un lugar adecuado para el retiro y el diálogo con Dios?
2. ¿Qué buscas dentro de ese “claustro”, dentro de tu corazón?
3. ¿Cuál es tu centro? ¿Tú mismo? ¿Tu comunidad? ¿Dios? ¿Otras realidades?
4. ¿Creo verdaderamente que la comunidad es esa sociedad de amor cuyo fundamento es Cristo?
5. ¿Trabajo por hacer unidad en el amor?
6. ¿Pospongo el *eros* al *ágape* para construir comunidad?
7. ¿Qué significa para ti tener una sola alma y un solo corazón en Dios?



II. LA COMUNIDAD CONTEMPLATIVA AGUSTINA RECOLETA, TALLER DE TRABAJO PARA HACER EN TODO LA VOLUNTAD DE DIOS . "QUE ESTÉN SIEMPRE Y EN TODO HACIENDO VUESTRA DIVINA VOLUNTAD"

Tu mejor servidor es aquel que no tiene sus miras puestas en el oír de tus labios lo que él quiere, sino en querer sobre todo aquello que ha oído de tu boca¹⁹.

Una vez analizado el carácter cristocéntrico de la comunidad religiosa, se puede afirmar que ella es ante todo “un don del Espíritu, antes de ser una construcción humana”²⁰, y que es la escuela donde se aprende a hacer, no la propia voluntad que lleva a la perdición, sino la voluntad de Dios, buscada entre todos y cada uno de sus miembros “en unión de voluntades y en vida perfecta”²¹. Dicha voluntad divina se manifiesta en el amor de caridad entre todos sus miembros, amor recibido como don del mismo Dios.

No podemos negar, a pesar de todo, que no deja de existir una tensión entre nuestra propia voluntad, porque tendemos a girar incesantemente en torno a ella, en la búsqueda de lo que nos es más cómodo, y generalmente el alcance de nuestros planes no coincide con lo que Dios desea y la voluntad de Dios. La nuestra debe transformarse y manifestarse en todas sus formas en una adhesión total a Cristo, en nuestro anhelo de cumplir su voluntad, en el consentimiento libre y responsable de que nuestra propia voluntad sea “crucificada”, y en el amor de caridad entre todos sus miembros, amor recibido como don del mismo Dios.

Vivir en comunidad es, en realidad, vivir todos juntos la voluntad de Dios, según la orientación del don carismático, que el fundador ha recibido de Dios y ha transmitido a sus discípulos y continuadores²².

El espíritu agustiniano y recoleto nace como sello unitivo que imprime carácter y que al mismo tiempo impide que cada herman@ viva a modo de isla, en soledad, ni de forma independiente del resto de los miembros de la comunidad, por el contrario, cada miembro se siente constantemente referido a Dios y en él se autovalora como perteneciente a las demás y no a sí mism@, se relaciona como parte integrante de la comunidad, no está sol@, ni vive sol@, la comunidad l@ arropa. El amor de Dios es el que impulsa las acciones en comunidad.

Por lo tanto no se puede comprender la comunidad religiosa sin partir de que es un don de Dios, de que es un misterio y de que hunde sus raíces en el corazón mismo de la Trinidad Santa y santificadora, que la quiere como parte del misterio de la Iglesia para la vida del mundo²³.

¹⁹ *conf.10,37.*

²⁰ VFC, 8.

²¹ CMAR, 1.

²² VFC, 47.

²³ VFC, 20.



La unidad de voluntades en el proyecto común de buscar en todo la voluntad de Dios en el taller cotidiano mediante algunos instrumentos de trabajo, en los que hemos de ser educadas. El principal y más importante es el diálogo fraterno. Tema delicado y de difícil realización, pero básico para construir la verdadera fraternidad.

Entre los miembros de la comunidad reine una amistosa convivencia en Cristo; todas las hermanas fomenten el diálogo abierto la confianza mutua, socorran a las enfermas, consuelen a las desanimadas, alégrense sinceramente de las cualidades de las demás y de sus triunfos como si fueran propios, ayúdense unas a otras, unan sus esfuerzos en la tarea común y cada una encuéntrase a sí misma en la propia entrega a las demás²⁴.

La comunidad religiosa agustiniana tiene como objetivo vivir de Dios y en Dios. Es necesario descubrir entre todos cuál es su voluntad a imitación de Jesús, que vino a hacer la voluntad del Padre y dijo: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado” (Jn 4,34); y en el diálogo es donde se debe aprender a dar paso al hermano antes que a una misma y a no calificar los propios criterios como netamente válidos.

Todo el fondo del problema estribaba en esto: en dejar de querer lo que yo quería y comenzar a querer lo que querías tú²⁵.

Todo esto debe crear un clima de amistad, amor mutuo, fraternidad, confianza, fruto de ese fuego de amor que se desprende del corazón de Dios, consecuencia de una vida contemplativa que se sitúa en el mismo centro de la Iglesia.

²⁴ CMAR, 96.

²⁵ *conf.* 9,1,1.

El espíritu agustiniano se caracteriza también por la interioridad, además de la comunidad, como si fueran los dos movimientos del corazón, sístole y diástole. La comunidad es la expresión de la interioridad de cada uno, el reflejo de cómo vive en su interior ese diálogo con Dios. Y la interioridad también es manifestación del amor a la comunidad.

Si amáis a Dios, arrebatad al amor de Dios a todos los que con vosotros están unidos y a todos los que se hallan en vuestra casa²⁶.

El diálogo tanto personal como comunitario es el lugar de encuentro con todas las peculiaridades propias de cada cual con el otro o la otra, con sus diferencias y hasta divergencias. Gracias al diálogo se nos da la posibilidad del conocimiento mutuo y de reconocer no ya al que está a mi lado, sino al que vive conmigo, junto a mí, codo con codo. En este ambiente de diálogo, los miembros se sitúan unos junto a otros en clima de fraternidad y cordialidad. El secreto del diálogo estriba en el conocimiento propio, en el ejercicio de una profunda humildad y en la manifestación de la caridad. La dimensión fraterna en comunidad es un incentivo que hay que cultivar cada día, saber impulsarlo y velar por su crecimiento. El vigor de la vida personal de cada miembro en Dios y su formación humana y madurez espiritual serán los pilares para el logro de una convivencia sana y constructiva hacia Dios.

Preguntas para la reflexión-conversión

1. ¿Qué busco hacer en/de mi vida religiosa?
2. ¿Dónde tengo puestas las miras?
3. ¿Soy capaz de despojarme constantemente de mis propios gustos y hacer antes lo común que lo propio?
4. ¿Busco hacer mi voluntad o la de Dios, manifestada en los superiores, en las circunstancias, en los hermanos?
5. ¿Reacciono con alegría y entrega al plan de Dios manifestado a través de la comunidad?
6. ¿Busco junto al hermano el querer de Dios sobre mí y sobre cada uno de los miembros de mi comunidad?
7. ¿Me dejo interpelar, sorprender por Dios?
8. ¿Sé dialogar? ¿Me presto fácil al diálogo?
9. ¿Cómo proyecto mi diálogo personal con Dios en la comunidad?

²⁶ en. Ps. 33,2,6.

III. LA COMUNIDAD CONTEMPLATIVA, AMOR EN EL SERVICIO. “EN AMAROS Y SERVIROS”

Pon amor en las cosas que haces y las cosas tendrán sentido. Retírales el amor, y se tornarán vacías²⁷.

El amor es el aglutinante de la vida de comunidad, el amor de Cristo es también esencial para hacer nuevas todas las cosas. Es imposible amar al herman@ sin amar a Dios. El amor de Dios es un amor nuevo, libre. El amor renovado a cada instante garantiza la fidelidad y da nueva orientación a las circunstancias haciendo con agrado la voluntad del que nos llamó. El amor se expresa en servicio y entrega al herman@, y eso se hace con amor y desde el Amor. El amor necesita darse, no puede estar encerrado, no puede permanecer quieto, porque *el amor es una raíz interior de la que solo pueden brotar cosas nuevas*²⁸. Y porque la medida del amor es amar sin medida, la vida comunitaria es lugar donde se debe aprender a ensanchar y transformar la capacidad para dejar a Dios ser Dios en cada uno de nosotr@s. No somos capaces de amar por nosotr@s mism@s: *Sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15,5). Nuestro amor es egoísta y necesita de purificación. Es a Cristo a quien debemos dejar que ame en nuestro interior, porque en el interior del hombre habita la verdad con mayúscula²⁹.

Regresa al corazón: allí ve qué percibes quizá de Dios, porque allí está la imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo, en el hombre interior eres renovado a imagen de Dios³⁰.

Y solo en él y desde él es donde debemos amar y servir a l@s herman@s de comunidad, porque, *cuando amamos al prójimo, limpiamos los ojos para ver a Dios*³¹.

Amar significa dar y hacer el bien a los demás. Para ello, muchas veces hay que crucificar el “yo”, *no busques dar de lo que tienes sino lo que eres, date a ti mismo*³², a modo de recuerdo de la canción: “Amar es darse / a todos los hermanos, / uniendo en nuestras manos / el gozo y el dolor, / y al amarnos / el mundo se renueva, / la vida siempre es nueva, / siempre es nuevo el amor”. En las *Constituciones* de la monjas agustinas recoletas se nos recuerda:

Las hermanas, llamadas a esta sociedad de amor, anden a porfía en mutuas atenciones, como hijas de Dios y hermanas en Cristo, honrando al Espíritu Santo del que son templos vivos³³.

²⁷ s. 138,2.

²⁸ ep. Io. tr. 7,8.

²⁹ Cf. ver. rel. 39,72.

³⁰ Io. eu. tr. 18,10.

³¹ Io. eu. tr. 17,8.

³² s. 127,3.

³³ CMAR, 95.



El servicio requiere, además de amor, la virtud de la fe, a medida que cada miembro crece en fe, aumentará el amor de caridad para con los demás. Ese darse en servicio se hará de forma madura y desinteresada, desvinculada por completo de apegos o sentimientos si lo preceden la libertad, el desinterés y el amor de caridad.

Las comunidades religiosas, que anuncian con su vida el gozo y el valor humano y sobrenatural de la fraternidad cristiana, manifiestan a nuestra sociedad con la elocuencia de los hechos la fuerza transformadora de la Buena Nueva³⁴.

Pero el servicio va más allá. Significa algo más que dar cosas materiales: implica darse a uno mismo. La fraternidad tiene otra dimensión más profunda que es la de compartir los bienes espirituales como ideal fraterno, tal como nuestro padre san Agustín quería para sus comunidades. El ser uno en Cristo, el vivir juntos desde Cristo.

Cuando amamos al hermano en caridad, amamos al hermano en Dios; y es imposible no amar al amor que nos impele al amor del hermano. De donde se sigue que aquellos dos preceptos no existen nunca el uno sin el otro. Si Dios es amor, ciertamente ama a Dios el que ama la caridad y es necesario que ame al hermano el que ama al amor³⁵.

Si el amor de Dios verdaderamente inunda nuestros corazones, si nos dejamos fecundar el alma por la fuerza del Espíritu, se producirá en nuestras comunidades

³⁴ Palabras de Juan Pablo II a la Plenaria de la CIVSVA. 20 de noviembre de 1992: OR 21-11-192, 4.

³⁵ *trin.* 8,12.

el milagro del “*in Deum*” de la Regla de nuestro padre; es decir, atreverse a pasar del estar en Dios y dirigidos hacia Él, a la adoración de Dios en l@s herman@s.

Sólo el conocimiento de ser objeto de un amor infinito puede ayudar a superar toda dificultad personal y del Instituto. Las personas consagradas no podrán ser creativas, capaces de renovar el Instituto y abrir nuevos caminos de pastoral, si no se sienten animadas por este amor. Este amor es el que les hace fuertes y audaces y el que les infunde valor y osadía³⁶.

El amor lo soporta todo y lo vence todo. No manda, pues, Dios cosas imposibles; pero, al imponer un precepto, te amonesta que hagas lo que está a tu alcance y pidas lo que no puedes³⁷.

La persona consagrada puede y debe encontrar su autorrealización en la entrega de su propia persona a la comunidad, amando en servicio oblativo, queriendo como Cristo quiso a sus discípulos y les sirvió, siendo capaz de “ceñirse la toalla y lavar los pies” a los herman@s que conviven junto a él o ella, como verdadero acto de fe, de entrega, de servicio humilde y de amor entrañable hacia cada uno sin distinción.

*El ideal comunitario no debe hacer olvidar que toda realidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana*³⁸. Nadie en la comunidad es más ni mejor que nadie, porque lavar los pies se traduce en servir con alegría, desgastarse por el más pobre y necesidad@. Es crear vínculos de unión capaces de lograr un clima de fraternidad, solidaridad y empeño en vivir juntamente las actitudes del mismo Cristo. Lavar los pies es asumir la pobreza del herman@ y hacerla mía *llevando los unos las cargas de los otros, cumpliendo así la ley de Cristo* (Ef 4,2).

Preguntas para la reflexión-conversión:

1. ¿Cómo realizo, de qué forma hago las cosas en comunidad, como un autómatas llevado por la inercia de la costumbre o con convicción?
2. ¿Hago un alto en el camino y reflexiono sobre la calidad de mis acciones?
3. ¿Pongo amor en todo aquello que realizo, teniendo esa mirada trascendente?
4. ¿Intento hacer nuevo cada día de mi acontecer consagrado a Dios?
5. Con el paso del tiempo, ¿voy acumulando años a la vida o doy vida a los años?
6. ¿Cómo es la calidad de mi servicio?
7. Mi entrega ¿es desinteresada y en fe?
8. ¿Me siento autorrealizad@ en mi comunidad?
9. ¿Soy capaz de tener esa actitud de lavar los pies?

³⁶ CD 22.

³⁷ *nat. et gr.* 50.

³⁸ VFC 26.



IV. LA COMUNIDAD CONTEMPLATIVA AGUSTINO RECOLETA Y SU APOSTOLADO PROPIO. “PARA SUPLIR LAS OFENSAS QUE LOS DEL MUNDO OS HACEN”

El abad Lot fue a ver al abad José y le dijo: “Padre, en lo que puedo, observo una regla sencilla: hago pequeños ayunos, practico algo de oración y meditación, guardo silencio y, en la medida de lo posible, procuro mantener limpio mi pensamiento. ¿Qué más debería hacer?”. El viejo monje se puso en pie, alzó las manos hacia el cielo y sus dedos se convirtieron en diez antorchas llameantes. Entonces dijo: “¿Por qué no te transformas en fuego?”.

Con este apotegma breve e instructivo de los padres del desierto puede definirse la esencia de la vida contemplativa y su apostolado. Su contenido moral pretende aleccionarnos sobre la grandeza que encierra una vocación tan sencilla, pero a la vez tan desconocida. Resumiendo en palabras evangélicas: “He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué quiero, sino que arda?” (Lc 12,49).

No es suficiente observar la Regla, cumplir los ayunos, practicar el silencio, la oración, meditación o hacer prácticas piadosas y mantener el pensamiento en pureza. La contemplación y su apostolado requieren algo más: hacer de todo eso

calor y fuego que transforme nuestras vidas y la de los demás, poner vida a lo cotidiano que por vocación hemos recibido.

La vocación contemplativa es una llamada a la vida de santidad en el amor comunitario. Quien pretende vivir una vida independiente, al margen de la comunidad, no ha emprendido ciertamente el camino seguro de la perfección del propio estado³⁹.

Desde la vivencia diaria de la experiencia personal de llamamiento y alianza, de amor sponsal con Cristo, es desde donde se produce la unidad. Los santos han sido personas de unión, sembradores e irradiadores del fuego de la comunión que produce la fraternidad, porque vivían de Dios, que es amor. Y el que se acerca al Amor que es fuego, se quema, y el fuego que quema, arde y se propaga.

Hoy la Iglesia nos invita a la nueva evangelización. L@s contemplativ@s también hemos sido llamados a vivir de forma nueva la misión de siempre, concreta y específica; y esta no se encierra solo entre nuestros muros. Nuestro cometido desde el claustro es para todos, es universal, va más allá de lo que podemos expresar y trasciende lo que vivimos. Es falsa la contemplación que no descubre las huellas de Dios entre los caminos de los hombres. En la vida contemplativa es más importante el ser que el hacer. En la medida en que se es verdaderamente, es decir, en la medida en que se vive de la experiencia de Dios, somos testigos de la necesidad que tiene todo hombre y mujer de vivir cara a Dios para realizarse plenamente como persona.

Por eso permanezco en el camino para avanzar, pero quiero dejar de ser, siendo, para, a ritmo divino, comenzar un itinerario hacia una meta interior donde se asciende en sentido contrario. Subiré alto, pero bajando; caminaré regresando, pero hacia dentro; siempre en la misma dirección, y cada vez a más profundidad⁴⁰.

Sólo esa experiencia fuerte de Dios es la que produce fuego en el corazón. Un fuego que se fundamenta en participar de la misma vida de Dios. El alma contemplativa es aquella que escucha al Señor en el desierto y sabe comprender y asumir los problemas y dolores del que vive a su lado y, por ende, los de los hermanos que se encuentran más allá de la tapia del monasterio.

El conocimiento propio, alimentado por la contemplación, es el trampolín para la comprensión y entendimiento del otro, para hacer comunidad y vivir en comunión y hacer unidad en el amor. Esa es la llama que sale del corazón agustiniano, que forman las manos de distinto color de piel. El equilibrio entre silencio, oración, comunicación, alegría y esperanza es el verdadero tesoro que, desde dentro del claustro, podemos ofrecer y que, como perfume, debe *expandirse por toda la casa* (cf. Jn 12,3), que es la comunidad y el mundo que espera en nuestra esperanza.

³⁹ VFC 25.

⁴⁰ A. Correa Fernández, *Peregrinando hacia el Amor*, Augustinus, Madrid 2014.

Debemos hundir nuestras raíces en el corazón de Dios, para ser en la Iglesia como la flor que se yergue blanca, pura, limpia, desprendiendo *el buen olor de Cristo*⁴¹, como dice nuestra Regla.

Nuestro maravilloso cometido es el de ser evangelización viviente. De esta manera, podremos permanecer ante Dios como meros instrumentos de los que él se valga para suplir las ofensas, olvidos y desprecios, o tal vez ignorancia de todos aquellos hermanos nuestros que no lo conocen, que no lo aman o ni se plantean su existencia.

Todo ello, para contrarrestar la cultura del hedonismo, del relativismo, y del ateísmo reinante.

Preguntas para la reflexión:

1. ¿Vivo con frialdad mi vocación?
2. ¿Me he dado cuenta de que Dios me sigue amando a pesar del tiempo y de los años?
3. ¿He dejado que el espíritu del mundo se adentre en “mi mundo” y lo mundanice?
4. ¿Soy consciente de que mi vocación no es vivir en mediocridad, que ella tiene un plus?
5. ¿Cómo vivo diariamente mi relación de amor esponsal con Jesucristo?
6. ¿Dónde y cómo tengo mi raíz hundida?
7. Mi vida, ¿es evangelización viviente?

M. Alicia Correa Fernández
Monasterio del Corpus Christi
Granada

⁴¹ reg. 8,1.

